



EVANGELIO DE LA DOMINICA

María Magdalena y María madre de Santiago y Salomé compraron aromas para venir y embalsamar a Jesús. Y muy de mañana, el primer día después del Sábado, llegaron al sepulcro, salido ya el sol. Decían entre sí: ¿Quién nos rodará la piedra de la entrada del sepulcro? Y dirigiendo a ella sus miradas, vieron rodada la piedra, que era muy grande. Y entrando en el sepulcro, vieron un joven sentado a la diestra vestido de blanco, y se asustaron. Mas él les dijo: No temáis: buscáis a Jesús Nazareno, que fué crucificado: pues bien, *resucitó*; no está aquí: ved el lugar en donde le pusieron: Y ahora id y decid a sus discípulos y a Pedro, que va delante de vosotros a Galilea allí le vereis, como El os dijo.

Los testigos de la Resurrección

Jesús había, ciertamente, anunciado su Resurrección a los discípulos, pero ellos ante el hecho concreto de su muerte olvidaron la promesa o dieron a ella muy poco crédito. Tampoco creían en la Resurrección aquellas piadosas mujeres que tanta adhesión le mostraron, puesto que si hubiesen creído no se habrían aprestado a embalsamar el cadáver del Maestro como así lo hicieron aquella madrugada del domingo de Pascua. Sorpresa grata la suya; iban a cumplir una misión triste y se encontraron con el mensajero de la buena nueva; iban a un sitio lúgubre y lo vieron convertido en un recinto radiante de luz; iban a sellar definitivamente la pérdida del Maestro amado y hubieron de constatar que Este vivía glorioso y triunfante. Fué necesario todo esto para dejar establecido inequívocamente el hecho de la Resurrección. Sus primeros testigos no pensaban en ella, no eran por tanto personas alucinadas, fueron los hechos reales y visibles lo que engendró en ellas su convicción.